

Petrarquizar sobre lo horrible: *La balada del sicario y otros infaustos*¹

Por: Alejandro José López



Hace ya siglo y medio Baudelaire nos enseñó que es posible petrarquizar sobre lo horrible. El maestro de los poetas malditos franceses se aplicó a noches, gatos y carroñas; así produjo su poesía extraordinaria. Eso fue cien años antes de que la palabra Auschwitz nos llenara de espanto. En aquellos tiempos había una fe ciega en las posibilidades del progreso, el miedo y el odio no habían hecho metástasis por el mundo, y un lejano lugar llamado Colombia soñaba con ideales libertarios. Cómo han cambiado las cosas desde entonces: la expresión “horrible” palidece verbalmente ante los nuevos escenarios engendrados por la barbarie, la idea de progreso es un mito desprestigiado por las infamias cometidas en su nombre y la palabra carroña ahora no sólo remite a animales muertos sino también al expuesto cadáver de cualquier niño asesinado. Petrarquizar sobre lo horrible significa hoy otra cosa y es mucho más que un acto de osadía estética.

Por otra parte, y aunque siempre su tentativa ha sido la de revelar el sentido profundo de la existencia, quizás nunca antes la poesía había sido tan urgente. En un tiempo en el que los muertos son meras cifras estadísticas transmitidas por los noticieros de televisión —los cuales nos abruman con su avalancha de datos hasta el punto de habituarnos al genocidio— hacen falta palabras que nos restituyan el significado de la vida. ¿Dónde quedan y cómo se llaman todos esos intersticios del alma que sentimos, pero que no ubicamos, cada que nos asalta una nueva tragedia? ¿Cómo nombrarlos de tal manera que cada quien pueda reconocer en esas palabras la anatomía espiritual de su propio dolor? Sólo un poeta podría ayudarnos en este punto. Pero ¿cómo? Resistiéndose con vehemencia a la insensibilización de nuestro mundo, escarbando sus entrañas y sacando de sí la ración de humanidad necesaria para que todos podamos aún afirmarnos. Así, valentía y sinceridad son los valores más caros a un auténtico ejercicio poético.

¹ Publicado en La Palabra, mayo 10 de 2003.

Ahora bien, cuando el inventario de vilezas es tan profuso como el de la cotidianidad que nos ha tocado vivir, la indignación es un tono que las palabras del poeta difícilmente podrán eludir. Por nuestros días transitan estupros y masacres, en nuestras ciudades anidan sicarios y proxenetas, en nuestros televisores campean —con aire de distinción— vacuas modelos y políticos mendaces; en fin, a nuestros niños se les escamotea la inocencia y se les elimina. Decir entonces nuestro mundo sin eufemismos pero poéticamente es, al mismo tiempo, una labor apremiante y temeraria. Tales son las coordenadas en las que se instala este libro que Óscar Osorio ha titulado “La balada del sicario y otros infaustos”. Sus poemas son verdaderas provocaciones verbales. Y no podrían ser de otra forma, pues responden a las afrentas que nuestra realidad nos depara. Lejos de eludir asuntos, este libro se las ve de frente con todo vituperio; por eso la suya es una poesía sin concesiones.

Pero no se crea que estamos ante una escritura explícita y fofa; al contrario, en su combate espiritual Osorio ha hecho de la imagen poética su mejor arma. En el poema “Caquetá” se leen estos versos: “Llueve al alma / esta sentina de mendigos de la guerra, / de indios, de negros, de mestizos / huérfanos de amor / en cuyos pechos desnudos duermen su siesta final los proyectiles”. Y así, de un texto a otro, el libro se va desgranando en destellos verbales que eluden la grandilocuencia retórica para que, apelando a la sencillez, sus dardos den certeramente en el blanco. Otro poema, titulado “Indigentes”, nos dice: “Vienen los niños / a preñar de sonrisas los huertos del sol / y el sol va pariendo gusanos en la boca de los niños. / Llegan los niños / a hospedarse en la noche, / y la noche los vomita por la ciudad como un insulto”. Como quiera que emana de nuestras duras circunstancias, es ésta una poesía hecha de palabras implacables.

También es preciso decir en esta invitación al libro que hay en él un enorme juego de sutilezas y que por ello vale la pena leerlo con el corazón bien abierto. En alguno de los poemas, conforme una mujer va viendo menguada la posibilidad de protección hacia sus hijos también su nombre se va achicando hasta desaparecer por completo. Otro tanto de búsquedas formales ocurre al abordar asuntos como la inocencia robada o la inminencia de la muerte. Sin embargo, quizás el eco de mayor resonancia que hay aquí es el de haber actualizado la poética de petrarquizar sobre lo horrible.